

Universidad y desarrollo local¹

por José Luis Coraggio²

Sumario

Se plantea la necesidad de superar la abstracción del tema demandado, definiendo qué universidad para qué desarrollo local, pues ambos términos de la relación están experimentando o deben experimentar procesos inciertos de transformación que se condicionan mutuamente.

Se plantea que el proceso de globalización del mercado capitalista genera en la periferia tendencias que pueden culminar en la disolución de las universidades, así como la fragmentación y empobrecimiento de la mayoría de las regiones que se pretende desarrollar.

Se propone que el desarrollo local requiere del desarrollo de la universidad y viceversa. Esto implica una complejización de la misión de las universidades y su articulación como factor de la constitución e integración de actores locales para el desarrollo y como mediadora del conocimiento científico que requiere el desarrollo local democrático y sustentable.

Finalmente se sugiere que para cumplir su papel la universidad también debe investigarse críticamente a sí misma para reflexionar y fundamentar un camino de autotransformación.

¹ Ponencia presentada en el Seminario Internacional “La educación superior y las nuevas tendencias”, organizado por el Consejo Nacional de Educación Superior (CONESUP), UNESCO y el CIESPAL, en Quito, 23-24 de julio 2002.

² Economista, Investigador-docente Titular del Instituto del Conurbano y ex Rector de la Universidad Nacional de General Sarmiento (San Miguel, Provincia de Buenos Aires, Argentina). www.ungs.edu.ar

Introducción

Es difícil encarar el tema que nos propusieron los organizadores sin clarificar qué universidad y qué desarrollo local tenemos in mente. Y esto no puede hacerse sin posicionarnos frente a las tendencias que hoy se vienen manifestando en la transición epocal que experimentamos, por sus fuertes repercusiones sobre la relación posible y deseable de universidad y desarrollo local.

¿Qué universidad? Ante la fuerza del mercado

Durante la época moderna, las universidades nacionales y algunas confesionales han demostrado ser instituciones de larga duración. Una vez creadas, su estabilidad institucional es al menos equivalente a la de los estados nacionales. En el caso de las universidades públicas, una razón de esa estabilidad virtuosa fue el reconocimiento social de la necesidad -para la conformación de la Nación y sus clases dirigentes primero, y las clases medias de técnicos y profesionales después- de una institución cuyos productos exigen un largo período de maduración. Esto permitió sus contribuciones a la ampliación de las fronteras del conocimiento y a la formación de las generaciones de recursos humanos que se requerían y/o que abrían la expectativa del ascenso social. Otra razón de tal estabilidad fue, no tanto su disposición a adecuarse a contextos cambiantes, como su creciente autonomía de las corporaciones profesionales, del Estado y de la Iglesia y el autocentramiento en el cumplimiento de su misión (para algunos evaluado como “aislamiento” en la “torre de marfil”).

El peso de la investigación científica básica, organizada en disciplinas también relativamente autónomas -según el paradigma positivista, sobre todo a partir de los sesenta-, se encarnó en una estructura corporativa, que fue base de conflictos internos de intereses legítimos (en términos de la “misión”) y otros meramente particulares, de poder de personas o grupos. Los equilibrios logrados luego de las reformas del período científico inaugurado a fines de los 50 en América Latina, en cuanto al peso de las carreras, de los campos -humanidades, ciencias sociales, ciencias de la naturaleza-, la distribución del presupuesto, la infraestructura, etc. fueron una fuente de estabilidad pero también de rigidez.

La interpretación de la “misión” centrada en la producción libre de conocimientos, el imperativo del equilibrio estable entre sus partes y el desideratum de la autonomía generó una aversión a todo cambio impulsado por problemáticas extrauniversitarias, apenas corregido por la reforma del 18 y el surgimiento de una extensión que justamente extendía un brazo asistencialista a la sociedad sin por ello transformar la universidad. En algunos casos, tal aversión al cambio fue alentada por la misma rigidez de las estructuras jerárquicas -estatales o religiosas- fundantes. O fueron los cambios mayores en esas otras estructuras -como las dictaduras militares, la introducción de un sistema de planificación central, o el aggiornamiento de la Iglesia- los que produjeron adecuaciones en el interior de las universidades.

Esta rigidez y aislamiento fue justificada entonces en nombre de la autonomía que requiere la creación científica o humanística, valores propios del paradigma de la modernidad. Fue su hegemonía en la producción de conocimiento –particularmente en el campo político y social–, así como la formación de la élites dirigentes, lo que ubicó a la universidad latinoamericana en una posición destacada dentro del sistema de instituciones. Su acceso al conocimiento científico universal la ubicaba como un poder específico frente al sistema político y al empresariado, que confluyeron en ver a la ciencia como una fuerza productiva esencial para el desarrollo modernizante de la periferia.

Sin embargo, el desarrollo del mercado interno dio lugar a una transformación en las estructuras de investigación (y su financiamiento) y de formación profesional, cambio asumido por la universidad tradicional como una demanda externa que profundizó escisiones internas, entre investigación básica y aplicada, entre investigación en general y formación. A la función de formar élites dirigentes se agregó la formación masiva de técnicos y profesionales especializados que real o aparentemente requerían la economía, el estado, el resto del sistema educativo, y la prestación de servicios requeridos por demandas solventes.³ Esto fue acompañado por la explosión de la demanda ciudadana por educación superior, si bien con una diferenciación de clase ente el nivel universitario y el nivel terciario técnico-profesional, considerado una opción de segunda para los hijos de obreros. La formación de maestros y profesores que demandaba el avance de la escolarización de la población también osciló entre el nivel terciario y el universitario. Crecientemente las universidades han incrementado su papel en la formación profesional en desmedro de la formación de científicos. A la vez, se han introducido sistemas de incentivos a la investigación que pretenden que una mayor proporción de los docentes devengan investigadores.

Acompañando al crecimiento de la demanda como canal de ascenso social, en las últimas dos décadas han surgido muchas nuevas universidades que no necesariamente siguen los cánones de la universidad tradicional. Se da un proceso de diferenciación entre universidades “completas”, y universidades “parciales”. La parcialidad puede estar dada por no cubrirse toda la gama de campos disciplinares, o bien por no integrar las funciones de investigación, formación, servicio y generación de alta cultura.⁴ Una novedad principal en este campo es el surgimiento de importantes universidades –en ocasiones a escala global– con fines de lucro. Esto es apenas la parte más visible del *principal proceso que hoy tensiona desde afuera a las estructuras universitarias: las tendencias a la mercantilización de la educación superior así como de la investigación y, obviamente, de los servicios*. Esto está en contradicción con la autonomía de la creación científica y humanística, pero también con los equilibrios penosamente logrados entre campos disciplinares. Ciertas carreras no tienen demanda, ciertas disciplinas no son proclives a vender servicios. Las universidades han tendido a resolver esta tensión agregando carreras y recursos (pocas veces suficientes), pero manteniendo lo ya existente.

³ Sobre estos temas, ver: Boaventura de Souza Santos, “Da ideia de universidade à universidade de ideias”, en: “Pela Mão de Alice. O social e o político na pós-modernidade, Cortez Editora, Sao Paulo, 1996..

⁴ El término “enseñadero” denota la baja valoración de una institución que se concentra en la función de formación superior.

El principio del Mercado Total es el que orienta la revolución neoconservadora iniciada en los 70 y en particular hoy a la dirección política de la única superpotencia actualmente existente y de los organismos internacionales que actúan en la periferia condicionando las políticas públicas. Según dicho principio, toda actividad humana se realiza mejor si es organizada como un mercado donde compiten las iniciativas y proyectos guiados por motivaciones utilitaristas. De aplicarse dicho principio a la educación y la investigación en general y, en particular, a la universidad, ésta será disuelta, o convertida en el equivalente a un centro comercial.

Veamos. Cuando la universidad es examinada como una actividad que puede convertirse en un negocio privado -antes que como una institución centralmente dirigida a generar y transmitir conocimiento como un bien público siguiendo la lógica intrínseca de la investigación o del pensamiento hermenéutico y de la pedagogía-, el experto en creación de empresas y nuevos mercados la ve –tal como en el caso de asumir la racionalización de las viejas grandes empresas integradas resultantes del fordismo- como un conjunto caótico de actividades, principalmente servicios, concatenadas en secuencia o yuxtapuestas dentro de una misma organización por razones de inercia histórica y por la sumatoria de decisiones irracionales. La tarea del experto es poner otro orden tal que, ofrecidos los diversos servicios de manera independiente en el mercado libre, resulten en ganancias y por tanto en un atractivo para la inversión privada. (Ver actas de reuniones de la Organización Mundial de Comercio sobre el Sector Educación).

Para ilustrar esto, hicimos un ejercicio de descomponer una universidad tradicional en algunos de los servicios asociados a la investigación y la educación universitaria. Son presentados en orden alfabético para reproducir la sensación de caos que una universidad genera a la mente racionalizadora de las oportunidades de lucro:

- 1. Actualización y re-certificación de títulos.**
2. Análisis de costo-beneficio de las opciones de formación presencial y a distancia y sus combinaciones.
3. Análisis de solicitudes y otorgamiento de franquicias de la marca de la universidad a otras instituciones.
- 4. Análisis estadístico de encuestas.**
- 5. Aplicación de encuestas.**
- 6. Aplicación de exámenes de ingreso y selección de alumnos-clientes y alumnos-recursos.**
7. Arriendo de locales para la realización de actividades (congresos, convenciones, etc.)
8. Asesoría legal.
9. Búsqueda de opciones para la continuación de estudios de posgrado y becas.
10. Cálculo de la política óptima de aranceles generales y específicos y de becas.
11. Cálculo del sistema óptimo de salarios (considerando para cada investigador, docente o no docente su contribución a la demanda de educación atraída a la universidad, capacidad para obtener recursos de terceros, financiamiento público de proyectos de investigación, etc).
- 12. Capacitación continua al personal docente y no docente.**

13. Cobro de aranceles.
14. Cobro de royalties por patentes y franquicias e marca.
15. Colocación de residencias para estudiantes y docentes.
16. Colocación de graduados en empresas, instituciones gubernamentales, etc.
17. Comedor y cafetería.
18. Compras de insumos y equipamientos.
19. Conserjería y orientación general.
- 20. Dictado de asignaturas teóricas.**
- 21. Dictado de talleres prácticos.**
22. Difusión pública de actividades.
- 23. Diseño de materias.**
- 24. Diseño de materiales didácticos.**
- 25. Diseño de encuestas y muestras.**
26. **Diseño de exámenes de ingreso** (enfaticando identificar alumnos con capacidad de pago, con alta probabilidad de éxito y de aprobar los exámenes auditados de calificación final, etc.) y **de una política de egresos** (alumnos con bajo rendimiento, morosos, etc.).
27. Diseño de folletería, anillos, camisetas y una diversidad de productos con el logo de la universidad.
28. Diseño de productos a demanda de las empresas.
29. Diseño de programas de servicio social a la comunidad y ubicación y monitoreo de los estudiantes que participan de los mismos.
30. Diseño y dirección de obras de infraestructura
- 31. Diseño y dirección de revistas especializadas con el sello de la universidad**
- 32. Edición de informes de investigación.**
- 33. Enseñanza de idiomas.**
34. Estacionamiento y transporte colectivo.
35. Estudios de mercado (y de la competencia) para identificar nuevos nichos de mercado para carreras, cursos de actualización, etc., sus potenciales demandantes-objetivo, los aranceles que podrían pagar, etc.
36. Evaluación de costo-eficiencia de la oferta educativa (por materia, carrera, facultad, etc.).
- 37. Evaluación y categorización de los docentes y no docentes y eficiencia de los incentivos.**
38. Evaluación del riesgo de los préstamos solicitados por los estudiantes.
- 39. Evaluación institucional de facultades, Departamento, y universidades completas.**
- 40. Examinación final de grado.**
- 41. Expedición de títulos y certificados.**
42. Experimentación de productos a demanda (laboratorios especializados, etc.).
43. Financiamiento de préstamos a los estudiantes.
44. Gestión de imagen y relaciones públicas
45. Gestión del sistema de pasantías (empresas, ONGs, OS, gobiernos, etc).
46. Imprenta.
47. Información a los alumnos sobre alternativas de financiamiento de las diversas carreras, instituciones de crédito educativo, becas, etc.

48. Información a los alumnos sobre el sistema de formación ofrecido (modular, flexibilidad para cambiar de orientación a lo largo de la carrera, etc.)
49. Información a los alumnos sobre la curricula (contenidos, pedagogía, pasantías y otras situaciones de formación para el trabajo, etc.) de cada carrera, su posible continuidad en diversos estudios superiores, etc
50. Información sobre la infraestructura y servicios de apoyo con que cuenta la universidad. Visitas guiadas.
51. Información sobre la oferta de carreras, su contenido, perfil del egresado, duración, etc.
52. Información sobre la planta docente, su historia profesional, sus grados y otros indicadores de calidad de la enseñanza.
53. Información sobre la Universidad en comparación con otras alternativas
54. Información sobre la zona de futura residencia de los estudiantes, costos de vida, alojamiento, nivel social, oferta cultural, etc.
55. Información sobre las oportunidades de empleo de los graduados, potenciales instituciones empleadoras, ingresos probables, etc.
56. Información sobre los costos explícitos e implícitos de cursar una carrera.
57. Informes a los organismos de control del uso de recursos públicos.
58. Investigación e información sobre los resultados obtenidos por la universidad en general y cada carrera en particular (número de egresados por cada 100 ingresantes, tiempo de ubicación en el mercado de trabajo, tipo y nivel de ocupaciones logradas por los egresados, nivel de ingresos promedio, etc.)
59. Limpieza.
60. Lobbying ante los poderes del Estado, organismos internacionales y grandes conglomerados.
61. Mantenimiento de infraestructura
62. Mantenimiento de laboratorios, sistemas informáticos, etc.
- 63. Monitoreo y evaluación final de cada materia para acreditar el aprendizaje de los alumnos.**
64. Obtención de financiamiento (donaciones filantrópicas, exención impositiva, obtención de subsidios o contratos del Estado, etc.) para proyectos de investigación, becas, obras de infraestructura, etc..
65. Organización de festividades, graduaciones, etc.
66. Organización de equipos deportivos.
67. Organización de campeonatos.
68. Organización de muestras de arte, teatro, música, etc.
69. Organización y gestión operativa de eventos públicos para terceros.
- 70. Orientación vocacional.**
- 71. Pasado de lista (informatizado o no) cuando se requiere asistencia.**
72. Patentamiento de inventos, bases de datos, procedimientos, estructuras curriculares, etc.
- 73. Planificación estratégica.**
74. Preparación de pliegos de licitación de obras.
- 75. Preparación de aspirantes para el ingreso.**
- 76. Presentación multimedia de informes de investigación.**
77. Presupuestación anual o plurianual por programas.

- 78. Producción de materiales didácticos (contenidos, impresión o programación de sistemas interactivos, guías de estudio, tests, equipamientos especiales, etc.).**
79. Producción y adecuación de tecnologías de información y comunicación para la educación (instalación y actualización de hardware y software, capacitación del personal docente y no docente, en todo lo relativo a las nuevas TIC, redes, campus virtuales, materiales didácticos, etc)
- 80. Programación curricular (diseño de planes de estudio, de programas de materias, de actualización bibliográfica, etc.)**
81. Promoción de la universidad y marketing de su oferta educativa, de servicios y de investigación.
- 82. Promoción de convenios de cooperación con otras instituciones.**
- 83. Redacción de memorias anuales.**
- 84. Registro de acreditación de materias aprobadas por cada alumno.**
- 85. Registro de alumnos y otorgamiento de certificados.**
- 86. Registros contables y seguimiento de la ejecución presupuestaria.**
87. Seguros de cobertura de riesgos de salud o accidente para estudiantes o trabajadores universitarios.
88. Seguros de garantía de préstamos.
- 89. Selección de personal no docente y docente de planta o contratado.**
- 90. Servicios de documentación (búsquedas bibliográficas, bases de datos, navegación en Internet, etc).**
91. Traducción y promoción de la publicación de los trabajos de investigación en revistas especializadas de orden internacional.
- 92. Tutorías generales y de tesis**
93. Venta de publicaciones, entradas a espectáculos y eventos, y otros productos asociados a la universidad.
94. Vigilancia.
95. Etc. etc.

Para la mirada del experto racionalizador sin otra moral que las reglas del mercado capitalista, algunas de estas actividades están ausentes (particularmente las relativas a cálculo de costos, precios y rentabilidades) y cada una de las actividades presentes, incluso las específicamente académicas (resaltadas en negritas) son realizadas hoy de manera ineficiente por las universidades -si bien algunas no específicamente académicas ya están siendo terciarizadas para reducir costos y ganar en flexibilidad (lo que enfrenta la resistencia de los trabajadores no docentes). Por tanto, si se admite su reorganización y flexibilización, pueden legítimamente (por su conveniencia para la universidad, que libera recursos al bajar costos y mejorar la calidad de los servicios) convertirse en un negocio privado, a cargo de empresas especializadas que pueden ofrecer sus servicios a varias universidades o instituciones comparables, reduciendo los precios por efecto de la competencia y la especialización, flexibilizando-precarizando y separando a investigadores, docentes y no docentes y minimizando la planta fija de la universidad.

Así, un nuevo curso de posgrado puede ser ensamblado mediante (a) los servicios de una empresa que analiza el mercado, identifica nichos con posible renta por innovación y diseña productos educativos para tal fin; (b) profesores contratados por materia que

atienden a sus alumnos presencialmente o sentados frente a la computadora desde sus hogares en diversas localidades y países; otro tanto con los tutores-directores de tesis; (c) los servicios de empresas de gestión del campus virtual, de acreditación a distancia, etc. Un docente puede ser contratado para preparar el currículo de una materia que no va a dictar, o para dictar una materia cuyo currículo no diseñó. Las remuneraciones de los docentes-estrella se definen según su rating en el mercado y la contribución que su inclusión hará a la venta del producto. Un mismo docente puede dictar la misma materia estandarizada a un agrupamiento virtual o presencial de estudiantes de diversas universidades.

Algunos bloqueos históricos en la pedagogía –atribuibles para algunos a la doble identidad de investigador y docente- podrían resolverse contratando empresas especializadas. Por ejemplo, empresas dedicadas a la enseñanza de las matemáticas, que van acreditando el nivel adquirido por el alumno (como ocurre con las empresas reconocidas en la enseñanza y certificación de conocimientos de idiomas).

Igualmente pueden organizarse “carreras cortas con salida laboral” o tecnicaturas, por entidades educativas sin ninguna vinculación con la investigación. O incluso carreras de grado, como los profesorados para niveles primario o secundario. Una gran variedad de empresas de educación superior o pos-secundaria pueden surgir, e inevitablemente se acentuará la diferenciación de calidades y aranceles. En un mercado libre, los sistemas de evaluación y categorización de instituciones no harán sino certificar la diferencia, sin por ello generar fuerzas de homogeneización hacia arriba. Correspondientemente, los ciudadanos tendrán acceso a formaciones y conocimientos muy distintos, lo que tenderá a reproducir la desigualdad y segregación social. Y esto con efectos multiplicadores: buenas escuelas caras con buenos maestros bien remunerados formados por buenos profesores formados en buenas universidades caras, y a la inversa. El mercado libre organizará la educación superior y el acceso al conocimiento reproduciendo una sociedad desigual e injusta.

Algunas propuestas del racionalizador son admisibles sin afectar la naturaleza de la universidad: estas instituciones han ido acumulando funciones que no son específicas y pueden ser o están siendo tercerizadas. Pero si toda la universidad es meramente analizada como una conjunción de servicios, y se avanza en su mercantilización, terminarán fragmentadas incluso sus funciones específicas perdiendo sinergia y capacidad de cumplimiento de su compleja misión (por ejemplo, la de contribuir al desarrollo libre de las ciencias y el pensamiento humanístico, o a la integración social). Salvo excepciones, lo que hoy llamamos universidad puede quedar reducido a un lugar que aloja aulas para las actividades presenciales de clase o seminarios, salas para teleconferencias o teleclases, oficinas de información, coordinación y dirección y a un espacio para el encuentro de los equipos de investigadores de planta formada por los más denotados investigadores que dan el pedigree a la universidad.

Tal vez en algunas grandes metrópolis, por razones de economía en el uso de recursos comunes, será ventajoso reagrupar física y organizativamente esas empresas o filiales independientes, asociándolas en lo que sería el equivalente de un centro comercial. Las

personas y los espacios podrán ser organizados funcionalmente de manera óptima, separando la investigación básica de la atención a alumnos o al público en general, tanto porque un buen investigador no necesariamente es un buen docente como porque las dinámicas espaciales son distintas.

Las empresas de cada servicio educativo competirán o cooperarán entonces en mercados específicos, podrán articularse y rearticularse a través de la red de mercados, innovar y difundir innovaciones, ganar o perder, expandirse o cerrarse. Varias empresas de servicios educativos y no educativos podrán generar coaliciones que den lugar a nuevas universidades, que a su vez podrán fusionarse, franquiciar su marca o aliarse con sus competidoras nacionales o internacionales para acceder al mercado de demanda de educación o servicios y desplegar una política de contratación para trabajos académicos - presenciales o a distancia- de modo de aprovechar las diferencias de recursos humanos y remuneraciones entre las diversas regiones del mundo.

Una nueva universidad pos-moderna podrá ser creada por un gran conglomerado global a partir de las unidades de capacitación de su planta profesional que ahora decide ofrecer esos servicios al mercado, por una gran empresa productora de software, por una empresa de comunicación multimedia, y, por qué no, a partir de un emprendimiento de científicos que deciden enseñar e investigar por cuenta propia...

Son evidentes, en este esquema neoliberal, el economicismo-utilitarismo y la falta de consideración por la identidad histórica, por los efectos de la sinergia y las consecuencias no cuantificables de socialización e integración que genera la universidad, por el impacto del debate e intercambio presencial entre la heterogeneidad de disciplinas y diversidad de enfoques, inherentes a las comunidades universitarias de la época moderna. Pero esto no es más que una parte de la introyección de los criterios de mercado en el campo de la cultura. Nótese que en el listado anterior se trata con la misma vara los servicios de limpieza y los de programación curricular o de investigación aplicada. Lo difícil será encontrar un mercado para la investigación básica o el pensamiento humanista libres de objetivos instrumentales, o para la investigación social crítica...Esto no es ciencia-ficción: el avance de la mercantilización sobre los servicios específicamente científicos y formativos es evidente y preocupante.⁵

Un mercado de servicios educativos permite diferenciar, fragmentar organizativamente lo que analíticamente es concebido como autonomizable por el experto racionalizador. Los investigadores, docentes y estudiantes se dispersan y, lo que en algunos países es visto como un plus político, junto con la instauración de la gestión eficientista desaparece el problema del gobierno y se disuelven los conflictos de la democracia universitaria.

Por supuesto, este esquema contemplará la posibilidad de que unas pocas universidades "A" existan para las elites nacionales o globales, que tendrán acceso directo al dialogo

⁵ Ver la propuesta de las grandes empresas en la Cumbre Latinoamericana de educación Básica <http://www.lasummit.org/sp/index-sp.html>, en José L. Coraggio, "Construir universidad en la adversidad", Revista del CONESUP N° 2, Quito, Junio 2002.

con los mejores investigadores-docentes, y construirán su capital social de elite en el proceso de compartir trayectorias educativas.

Pensar la relación entre universidad y desarrollo local implica tener una propuesta de universidad que entre en confrontación directa con el programa de su disolución a manos del mercado. Implica la recomposición del sistema universitario para contribuir a la generación de utopías, la crítica epistemológica de las verdades desde las cuales se justifican las políticas de dominio, el desarrollo de estrategias de investigación y formación que contribuyan a la constitución de actores sociales y políticos democráticos.

¿Qué desarrollo local? Sociedad local y comunidad de aprendizaje

Hoy las universidades enfrentan múltiples desafíos –el de la respuesta a la propuesta mercantilizadora es sólo uno- cuya resolución no puede desligarse de la de los grandes problemas que enfrentan las naciones, los estados y la humanidad en su conjunto. Adelantamos que, en nuestra opinión, la respuesta legítima y a la vez eficaz no será la defensa corporativa de la universidad tradicional (o de las universidades existentes), sino que se requieren transformaciones fuertes y continuas en cuanto al sentido de conjunto de esa institución, a sus funciones y a las fuentes de su legitimidad. También en cuanto a las condiciones de su viabilidad económica y a su estilo de gestión y gobierno, entre otros aspectos. Finalmente, en cuanto al alcance de su autonomía respecto del poder económico y los mecanismos de mercado, del poder político y de las demandas de la sociedad.

Las universidades no pueden hacerse cargo unilateralmente de todos esos problemas, por sus limitaciones como agente social, económico y político, y porque ellas mismas son parte del problema. Es más, anticipamos que, o se comprometen como parte de un proceso de cambio voluntario de sí mismas y de su contexto social, político, económico y cultural, siendo así reconocidas como un bien público valioso e inalienable por sus sociedades, o muy pocas podrán evitar ser fagocitadas por el mercado (si es que no son producto ellas mismas del mercado y, por tanto, gozan de su entidad empresaria).

En lo que resta de esta exposición vamos a limitarnos a conceptuar brevemente el desarrollo local y a enumerar algunas de las funciones, iniciativas y relaciones que las universidades públicas pueden sostener, superando el papel asistencialista de la extensión universitaria y participando proactivamente de la puesta en marcha y sostenimiento de procesos de dicho desarrollo.

¿Cómo definir lo local?

“Local” está asociado a localización de alguna cosa o proceso, en un lugar fijo, con coordenadas bien acotadas dentro de un territorio más amplio. Aparece crecientemente opuesto a “global”, a planetario y, por tanto, asociado a pequeño, limitado, alienado, débil. También, más recientemente, apela a la noción de nodo (parte) con referencia a una red de flujos (todo). Sin embargo, una de las características de la revolución tecnológica y organizativa que comanda el capital a escala global es el cambio en la temporalidad y espacialidad que parece volver ubicuas y próximas a las actividades y procesos, al menos

por comparación con el modelo industrialista. Cada vez más actividades parecen poder realizarse en casi cualquier lugar y llegar con sus productos y servicios a grandes distancias, pero también relocalizarse con bajos costos, lo que pone a competir a los lugares por atraer actividades y lógicamente puede dejar lugares sin “actividad”. A la vez, cada vez más actividades “locales”, aparentemente disímiles y desconectadas, pueden ser integradas en conglomerados globales por el capital.⁶

Este esquema para pensar los procesos que articulan lo local a lo global supone pensar exclusivamente en actividades comandadas por un capital en continuo movimiento, orientado compulsivamente por la competencia a obtener la máxima ganancia en cada una de sus fracciones o conglomerados, atraído por condiciones parciales o complejas que favorecen la ubicación dispersa de sus plantas o sitios de producción o distribución, que son rearticulados como nodos por los flujos de bienes, servicios, dinero y personas a escala nacional, regional o global. Entonces ¿cuándo una actividad o proceso es “local”? Veámoslo para las mismas universidades.

En tanto instituciones de enseñanza superior, de investigación y de prestación de servicios, así como en cuanto centros culturales complejos, cada universidad forma parte de una red nacional e internacional de universidades. Ese vínculo puede ser fuerte o débil, estar muy interrelacionada, con una multiplicidad de intercambios recurrentes, ubicada más o menos alta en la jerarquía de universidades (siendo una institución desde sus orígenes caracterizada por la organización jerárquica, tal tipo de relaciones asimétricas se ha trasladado también al sistema nacional o internacional), pero casi ninguna universidad que merezca tal nombre está aislada del resto del sistema científico, educativo y cultural. Una universidad participa entonces de una red de instituciones generadoras de conocimiento y pensamiento universal, más o menos activamente (como productora o meramente transferidora), mejor o peor posicionada. Su ámbito de relaciones puede llegar a ser, si tiene éxito en términos del sistema, tendencialmente global

En lo que hace a la enseñanza, la universidad que predominó durante el período industrialista del capitalismo organizado tuvo usualmente una o más sedes localizadas, cada una con una región de influencia inmediata, de donde provenían la mayor parte de sus alumnos, sosteniendo así una relación cotidiana de enseñanza-aprendizaje. Era lo que podríamos denominar el ámbito local o la red de ámbitos locales de la universidad. En la actualidad, con el aumento de la población estudiantil, el acentuamiento de los fenómenos de migración temporal de estudiantes a las localidades donde están las sedes, así como la educación a distancia (en particular con el avance de los medios de transporte y de las nuevas Tecnologías de Información y Comunicación) complejizan el concepto de “ámbito local”. Hoy es posible tanto sostener una relación educativa presencial con alternancia (esto se suele hacer, por ejemplo, concentrando el dictado de posgrados en tres días cada dos semanas con alumnos que se desplazan desde otras provincias) o a distancia mediante TIC en tiempo real.

⁶ Pensemos en los comercios minoristas de barrio y su pase a cadenas e hipermercados, o en los pequeños restaurantes y su desplazamiento por cadenas globales de comida rápida.

Sin embargo, a los efectos de esta presentación, vamos a considerar como “local” el ámbito territorial o habitat dentro del cual está la sede y pueden mantenerse relaciones de intercambio cara a cara con frecuencia cotidiana. Usualmente corresponde con una ciudad, una región metropolitana o un conjunto de municipios en un radio de no más de dos horas de tránsito normal. A este ámbito le corresponde un concepto de sociedad local, formada por diversas y más o menos articuladas comunidades y asociaciones sectoriales, vecinales, étnicas, y los ámbitos de uno o más gobiernos jurisdiccionales, mercados de trabajo, etc. etc.

En localidades o regiones con alta densidad poblacional demandante de educación superior pueden coexistir varias sedes de la misma o de diversas universidades, que usualmente –de hecho o por voluntad- compiten por los estudiantes. Los sistemas de reconocimiento de estudios y acreditación predominantes hacen altamente costoso que un estudiante pueda completar una formación de grado cursando parte en una universidad, parte en otra, por lo que los estudiantes tienden a completar su carrera de grado en una misma universidad. Tampoco es usual que las universidades cuyos ámbitos territoriales se yuxtaponen cooperen y se articulen en materia de investigación o servicios.

El desarrollo local⁷

El desarrollo local no puede ser otra cosa que el desarrollo de una economía, una sociedad y un sistema político locales, condiciones básicas para una mejoría sostenida en la calidad de vida de sus ciudadanos. Es la calidad de su economía (calidad de las relaciones de producción, calidad de los trabajos, justicia social de sus reglas de distribución de resultados, equilibrios ecológicos), la eficacia y legitimidad de todas sus instituciones –particularmente las educativas-, de sus sistemas de representación social, de la calidad de su democracia y de la participación en la gestión de gobierno, la riqueza de su cultura, lo que constituye el desarrollo.

El desarrollo no es una meta fija que se alcanza o se mide con unos pocos indicadores cuantitativos. Es un proceso sin fin, que puede implicar pasar por etapas de consumismo para luego superarlas asumiendo otro concepto de calidad de vida (como ocurre en los países nórdicos), o bien, dando un gran salto, llegar a otro estilo de vida más austero pero pleno de posibilidades para el desarrollo de las personas y sus relaciones. Esto requiere ser pensado desde una utopía y no en base al pragmatismo inmediatista al que hoy se quiere condenar a nuestras sociedades y, particularmente, a los más pobres.

Evidentemente, no en todo lugar se pueden dar las condiciones para generar un desarrollo local con un fuerte componente endógeno como lo sugerido. Esto no quiere decir que no

⁷ Sobre estos temas pueden consultarse varios trabajos del autor, disponibles en el sitio www.fronesis.org. Para el caso de regiones metropolitanas, pueden verse: Coraggio, J.L., “La Política Urbana Metropolitana frente a la Globalización”, y “La Gobernabilidad de las Grandes Ciudades”. Ambos trabajos incluidos en Serie Desarrollo Local N° 1, Instituto del Conurbano de la UNGS, San Miguel, 1998. Ver también: Economía Urbana: la perspectiva popular, Abya Yala-ILDIS-FLACSO, Quito, 1998.

haya actividades que se muevan como reflejo de dinámicas externas. Evidentemente, tampoco hay universidades en todas partes. Hoy, en la periferia del sistema capitalista, sabemos que un mero crecimiento cuantitativo, basado en el aumento de la productividad del trabajo y la producción para mercados externos, en el aprovechamiento hasta el límite y en el menor plazo de los recursos naturales, en una competitividad definida en términos de reducción de costos –costos del trabajo, costos derivados del cumplimiento de normas medioambientales, costo de las contribuciones progresivas al fisco para la generación de bienes públicos- llevan al empobrecimiento de las mayorías, al dualismo social y la segregación territorial, a la vulnerabilidad social y ecológica, a la pobreza institucional, a la corrupción de la justicia y al clientelismo político, a la pérdida de identidad colectiva y a la inseguridad personal –física y moral- de todos. En suma, que la ganancia privada de unos pocos (además en buena medida remitidas al exterior) conduce a la pérdida de calidad de vida de todos.

La economía es el sistema que se da una sociedad para resolver las necesidades de sus integrantes. Si el nuevo paradigma tecnológico está basado en componentes simbólicos como la información y el conocimiento –como medios de producción y como medios de vida, es posible pensar en un desarrollo económico de otro tipo, con un fuerte componente endógeno, donde el conocimiento no esté tanto incorporado en sistemas y autómatas patentados por las grandes empresas, sino que esté activo y creativo en las personas y sus trabajos. Este desarrollo económico no puede darse sin la expansión de las capacidades, habilidades y destrezas productivas, relacionales, comunicacionales, de la iniciativa y creatividad de todos los miembros de esa sociedad local, organizados y capaces de regular sus inevitables conflictos de intereses, interétnicos, ideológicos, políticos, pero compartiendo un proyecto de sociedad más democrática, más igualitaria, más integradora de todos. Es entonces, un desarrollo integral, socioeconómico, político y cultural.

Si el desarrollo está centrado en el conocimiento, la sociedad local en desarrollo es una red de comunidades de aprendizaje,⁸ que aprenden juntos no sólo estudiando sino mediante prácticas colectivas reflexivas, pensándose a sí mismas, proyectándose hacia el futuro, posicionándose en el contexto más amplio del país, del continente, del mundo. Una sociedad desarrollada no es una sociedad que tiene más conocimiento acumulado sino una sociedad que aprendió a aprender de su propia práctica colectiva, una sociedad con instituciones y personas capaces de seguir aprendiendo y aplicando ese conocimiento con sabiduría, de acuerdo a una racionalidad sustantiva que prioriza la calidad de vida intergeneracional, subordinando el crecimiento y la acumulación al carácter de condición derivada para lograr ese objetivo estratégico.

Hoy las sociedades nacionales y locales de la periferia están fuertemente fragmentadas. En la base de ese resultado está la crisis de la capacidad integradora de las estructuras

⁸ Sobre el concepto de comunidades de aprendizaje, ver: Torres, Rosa María, "Learning Communities: Re-thinking education from the local level and through learning." Paper presented at the International Symposium on Learning Communities, Barcelona Forum 2004 (Barcelona, 5-6 October 2001). UNESCO-OREALC web page.

económicas –privadas y públicas- y la desvalorización de las trayectorias productivas y existenciales de personas, organizaciones, empresas y regiones, como producto de la apertura indiscriminada y no correspondida a un mercado mundial monopólico, que pone a competir hacia abajo a las sociedades y sus sistemas de derechos humanos a escala global. Ante la inorganicidad, resurgen formas de solidaridad mecánica –reivindicativas de asistencialismo las más de las veces- y los conflictos –crecientemente violentos- entre ellas y el Estado, porque la economía y el Estado dejaron de operar como integradores de una sociedad de ciudadanos portadores de derechos y responsabilidades.

El Estado está no sólo reducido sino debilitado y fragmentado, dividido en ministerios o secretarías que perdieron su sentido, burocratizado, rígido y sin recursos, sin sensibilidad efectiva ante el empobrecimiento y la conflictividad social y sin capacidad para convocar y dirigir de manera centralizada la sociedad para emprender un sendero de transformaciones profundas en beneficio de todos. La mercantilización de la política ha llevado al predominio de los partidos preocupados por llegar al gobierno para ubicar a sus candidatos y redes de amigos, y la mayoría de los políticos parecen más preocupados por la gobernabilidad que por la democratización. Los sistemas políticos que atraviesan los espacios locales pasan por una crisis prolongada de legitimidad. Los gobiernos nacionales aparecen como más preocupados por ser responsables ante la “comunidad internacional” que ante su propio pueblo.

Ante el huracán de la globalización (Hinkelammert), se ha planteado la alternativa de iniciar un largo proceso de refundación desde las bases de la sociedad, desde todas sus regiones y localidades, redirigiendo las posibilidades de la descentralización que, sin embargo, tiene otros fines cuando es impulsada por el neoliberalismo y el regionalismo a ultranza. En todo caso, si la sociedad y el estado local necesitan refundarse desde sus bases económicas, es preciso poner en marcha un cambio de paradigma, un cambio de visión de lo posible, basado en la recuperación de la propia historia y en una serie de nuevas prácticas exitosas, y en el compartir nuevas o viejas ideas, debatiendo sobre las totalidades y cómo construir una voluntad colectiva para modificarlas.

El papel posible de la universidad

Poner en marcha y dar continuidad a un proceso de desarrollo participativo requiere una esfera pública donde se encuentren todas las visiones, identidades y voluntades, donde se diriman las pretensiones de legitimidad de los intereses particulares y se llegue a acuerdos que permitan movilizar todas las capacidades con sinergia. Cuando el sistema partidario y de gobierno dominantes evitan abrir espacios públicos que no puedan controlar y manipular, la universidad puede contribuir a ofrecer un espacio público pluralista, convocando a todos los sectores a tratar de manera transparente los problemas de la sociedad local en el contexto nacional y mundial. Esto implica contar con una universidad no colonizada por los criterios de la política partidaria o del mercado, ni autocensurada de participar en la definición de propuestas de acción colectiva.

Se requiere definir un perfil productivo y de consumo posible y deseable, un manejo de los equilibrios sociales y ecológicos bajo control ciudadano, construir una estrategia que

dé sentido a las acciones de individuos, grupos, organizaciones y sus redes. Esto no puede hacerse sin la conjunción del conocimiento científico de los especialistas y de los saberes prácticos de los actores sociales, que se encuentren ya no en un puro diálogo de reconocimiento mutuo sino en un espacio de decisión democrática, de planificación estratégica y gestión pública participativa. Esto supone superar la incomunicación entre los expertos y los ciudadanos, cambiar las disposiciones a dialogar, superando el tecnocratismo, y facilitar que los sectores no organizados puedan hacer oír su voz. Supone responsabilidad y transparencia, es decir, más democracia. La universidad puede contribuir legítimamente a estos procesos si ella misma se transforma para ser ejemplo vivo de esos valores y disposiciones y participa en los espacios locales de gestión democrática.

Es necesario: (a) hacer equitativa la carga fiscal y eficiente la producción de bienes públicos por el estado, a lo que puede contribuir decisivamente pasar del tecnocratismo a una gestión participativa; (b) dinamizar al sector empresario local, articulando sistemas productivos cuya competitividad sea sustentable y no basada en la explotación y la expoliación; (c) generar otra economía, social y solidaria,⁹ que asegure la reproducción ampliada de la vida de todos, que pueda coexistir y hasta competir con las Pequeñas y Medianas Empresas (PyMES) y a la vez estimularlas como mercado local y como fuente de fuerza de trabajo altamente capacitada.

Para ello, los actores sociales y económicos locales deben tener acceso privilegiado al conocimiento y la información. Para ello las universidades deben modificar su agenda de investigación aplicada, redirigiéndola no sólo a mejorar la competitividad de las empresas y la eficiencia de la gestión participativa, sino al desarrollo de un sector social de la economía (es decir a los trabajadores organizados autónomamente del capital), el que produce no sólo riqueza sino otras relaciones sociales, de sistemas productivos complejos de base territorial de los que forma parte y en los cuales se ubica la mayoría de los trabajadores asalariados.

Pero ni las PyMES ni el naciente sector social tendrán demandas de conocimiento e información bien determinadas y además solventes, como podría tener la gran empresa privada, a la que se hace jugar el rol de representante de la “sociedad” en el continuo reclamo de que la universidad está centrada en su autoreproducción (aunque generalmente nuestras burguesías prefieren comprar la tecnología importada antes que sostener la investigación nacional). Tampoco el Estado tiene un sistema de necesidades de conocimiento concreto y bien determinado. La universidad y el resto del sistema educativo e investigativo deben trabajar con las organizaciones de la sociedad, la economía y el Estado, *haciendo juntos* y, así, ir convirtiendo los problemas considerados prioritarios de producción y reproducción material y simbólica en necesidades de conocimiento y, por tanto, en agenda de investigación aplicada.

A la vez, es preciso preservar, a nivel del sistema universitario nacional, trabajando en redes, el derecho soberano a una investigación básica cuya agenda no esté atada a los

⁹ Sobre esto puede verse el documento base y el debate en marcha en el sitio www.urbaled.ungs.edu.ar

apremios del desarrollo. Un país sin un sistema universitario fuerte y bien articulado no podrá dar respuesta a las estrategias de las empresas globales que se apropian, patentan y revenden nuestros propios saberes.

Para que la sociedad local se desarrolle, el sistema educativo y el de comunicación social deben transformarse, y la universidad puede jugar un papel de soporte de esas transformaciones, trabajando junto con los establecimientos secundarios, primarios, de educación inicial y de educación continua, y con los medios de comunicación de masas, como corresponsables de garantizar el derecho al conocimiento y la información de calidad para todos los ciudadanos.

En suma, cuando el mercado quiere fragmentarla y simplificarla, la universidad debe consolidarse y asumir nuevas funciones para ser un factor de reintegración de una sociedad, una economía y un estado fragmentados.

Para cumplir estos roles tan exigentes, indispensables para el desarrollo local, la universidad no puede ser ella misma local. En primer lugar, debe articularse antes que competir con otras universidades y organizaciones educativas con las cuales comparte el ámbito territorial. Debe fortalecer su participación en el sistema nacional y mundial de centros de conocimiento, como mediadora y como productora de conocimientos, reglas y valores, a partir de sus propias experiencias, reflexiones e investigaciones. Pero la sociedad local es su campo de prácticas primordial. Allí el desarrollo puede dejar de ser una abstracción para convertirse en una práctica concreta que exige no sólo la vinculación interpersonal cotidiana con otros miembros de la sociedad, sino la rearticulación del conocimiento científico fragmentado por el positivismo y los intereses corporativos. La ciencia y la investigación-acción jugarán aquí un papel fundamental si contribuyen a predecir con verosimilitud que la realidad local puede transformarse en la dirección deseada por la sociedad, y participar en el proceso de determinar objetivos y procedimientos como un actor más. Su legitimidad estará dada por la calidad de su contribución a ese proceso, por su apertura a la sociedad, que es más que un mero intercambio externo entre sociedad que necesita conocimiento y tiene recursos y universidad que tiene conocimientos y necesita recursos.

La universidad experimenta hoy una situación contradictoria. Tiene que responder, desde su ámbito territorial, a la demanda de generar, conservar y transmitir un conocimiento universal, de ser vehículo para la consolidación de la Nación, de contribuir a formar una ciudadanía capaz de hacer valer sus derechos. A la vez -para obtener recursos- se le exige que se ubique en relación a un mercado que no valora o no puede valorar económicamente esos objetivos y que tiende a disolverla. También es contradictorio que se le pida contribuir a regenerar instituciones democráticas y legítimas, sin haber ella misma logrado superar el bloqueo de equilibrios paralizantes que le impiden alcanzar eficacia y plena democracia y legitimidad en su autogobierno.

Por lo tanto, para producir esos bienes públicos, no apropiables para el beneficio exclusivo de minorías, es preciso a la vez acudir al financiamiento estatal y propiciar la gestión responsable y transparente. Y la cuantía y continuidad de ese financiamiento

(basado en un sistema fiscal que debe dejar de ser regresivo para ser progresivo) sólo será obtenido del Estado si la sociedad defiende a su universidad, no por razones instrumentales inmediatistas, sino porque la reconoce como condición constitutiva de su propio desarrollo.

La relativa rigidez de las estructuras universitarias les han dado una permanencia excepcional como institución de la modernidad. Hoy el mercado y las fuerzas del capital quieren privatizarlas y mercantilizarlas. El desafío para seguir permaneciendo es hoy que se autotransformen, algo casi imposible sino se hace junto con la participación en la transformación de la sociedad local y nacional. A la vez que se transforma, en un mundo de incertidumbre en que todo cambia pero en contra de las mayorías, la universidad debe, junto con el resto del sistema público científico-educativo y productor de bienes culturales, ofrecer una base firme para que los ciudadanos de todas las edades y sus comunidades puedan entrar a la sociedad del conocimiento y, al hacerlo, puedan realizar el conjunto de los derechos humanos que hoy se pretende negarles. Esta misión implica rechazar la introyección de los valores del mercado en el mundo de los bienes públicos, comenzando por la misma educación superior. El sentido de una nueva economía mixta – capitalista, pública y social- debe estar subordinado a la reproducción ampliada de la vida de todos.¹⁰

Por una agenda de investigación universitaria

Hay quienes se preguntan si un país periférico y pequeño debe tener un sistema científico propio y si no es mejor comprar o copiar el conocimiento que producen los sistemas del Norte. Un sistema universitario nacional ubicado en la periferia del sistema mundial no sólo no puede dejar de hacer investigación sino que tiene la responsabilidad de hacerlo para posibilitar el desarrollo del país al que pertenece.

Para ello debe dejar de lado falsas opciones: no se trata de optar entre investigar o enseñar. Ambas funciones están estrechamente ligadas y son fundamentales para el desarrollo. Están ligadas, porque una universidad que no investiga sólo puede transmitir conocimientos generados en relación a otras realidades. Están relacionadas, porque si la universidad no genera conocimiento no posee las claves para deconstruir lo que subyace detrás de teorías, descripciones, diagnósticos y propuestas de acción que se plantean como fórmulas universalmente válidas a ser reproducidas por la enseñanza.

En ausencia de capacidades para generar conocimiento nuevo, que sólo se adquieren investigando, la universidad no podría, por tanto, ejercer el pensamiento crítico del que tanto hablamos, salvo desde la mera opinión. Sería igualmente absurdo que la realidad nacional, la historia de un país y de sus nacionalidades, el diagnóstico de sus

¹⁰ Aunque hemos enfatizado la responsabilidad de las universidades públicas, la tarea planteada no excluye a los establecimientos privados que tienen proyectos trascendentes que pueden converger con el desarrollo integral. Tampoco podemos dejar de mencionar que muchas universidades o sectores universitarios del sector público utilizan la universidad como plataforma para obtener ventajas personales, económicas, sociales o políticas.

posibilidades y opciones de futuro estuvieran fuera del curriculum científico y hermenéutico al que puedan acceder los ciudadanos de un país.

Por otro lado, siendo fundamental investigar, la noción de que la investigación es una actividad intrínsecamente superior a la docencia es un error que se ha venido acentuando con los sistemas de incentivos instalados en la última década. Ambas son actividades que exigen profesionalismo y tienen objetivos trascendentes: formar generaciones de ciudadanos, técnicos y profesionales, pensadores, artistas, es esencial para toda Nación. La contribución al bien común de un investigador que hace del producir y publicar monografías un oficio repetitivo para ganar más o tener un reconocimiento social adicional, puede estar muy por debajo de la contribución social que hacen los maestros que educan con vocación y responsabilidad por el aprendizaje efectivo de sus estudiantes.

Qué investigar y qué capacidades desarrollar son problemas centrales para una agenda de la educación superior del Ecuador. Sin afectar la libertad de opción y creación de intelectuales y docentes, la universidad como un todo, con la presencia activa de la sociedad, debe pautar y facilitar el desarrollo de líneas de investigación y formación consideradas esenciales para el mejor desarrollo nacional y la emancipación de su pueblo.

La universidad no puede ser meramente “ofertista”, exigiendo una autonomía absoluta para generar y transmitir conocimientos. Pero tampoco puede quedar librada a las demandas del mercado, cuya miopía para el largo plazo y cuya dependencia de la justicia o injusticia social y económica son manifiestas. Debemos ser modestos en esto. No debemos preguntarnos y pretender decidir, como una corporación que controla el saber y su distribución qué debe saber el Ecuador, sino qué quiere saber o qué necesita saber la sociedad ecuatoriana. Y para eso hace falta un diálogo efectivo, productivo de nuevas relaciones y conocimientos, donde construyamos -junto con una amplia representación de intereses- una agenda de las necesidades de conocimiento.

La responsabilidad de la universidad es grande y, para poder asumirla, debe investigarse críticamente a sí misma. Debe conocer sus propias contradicciones, su propia estructura de intereses, la propia historia de constitución de corporaciones y definición de proyectos en relación a la historia del país, y aprender de ello, para así definir qué acciones emprender para ponerse a la altura de su propio proyecto de transformación. Ello no puede hacerse sin una participación plena de toda la comunidad educativa (la presencia activa de los estudiantes es en esto fundamental), pero también de toda la sociedad. Debemos reconocer las imágenes y valoraciones que los diversos sectores de la sociedad hacen de nuestro trabajo. Algunos pueden temer a esa valoración “externa”, pero podrían asombrarse al encontrar que la universidad sigue siendo un punto de referencia reconocido de la sociedad, a pesar de que haya críticas que deben ser escuchadas. Esto también es materia de investigación y de posterior reflexión.

La universidad pública, en particular, tiene que garantizar el derecho al conocimiento y la capacidad de acceder e interpretar la información, de modo que todos los ciudadanos que quieran ejercer ese derecho puedan hacerlo hasta el límite de sus posibilidades. Esto implica una universidad abierta, sin poner filtros rígidos que sólo contribuyen a

consolidar estructuras injustas de distribución de recursos y del poder. Para ello debe investigar sobre las opciones pedagógicas y didácticas para lograr el máximo acceso de todos y cada uno al conocimiento.

La universidad tiene una deuda consigo misma: debe investigar y reflexionar críticamente tanto sobre sus estrategias de formación como sus métodos de investigación y sobre su responsabilidad en que el conocimiento que produce sea puesto en condiciones de ser apropiado para beneficio de toda la sociedad. Hay preguntas claves que debemos hacernos con total sinceridad, dejando de reproducir en el discurso los términos de moda mientras las prácticas continúan intocadas. Por ejemplo, tenemos que investigar cómo se logra eso que todos citamos como máxima de la nueva pedagogía: “enseñar a aprender”. O cómo practicamos el constructivismo que declamamos si no comenzamos a superar las jerarquías cuyo único sentido es el poder particular (no la autoridad legítima) de la casta de los docentes por sobre sus alumnos. O preguntarnos a fondo qué es la “calidad” de la educación, la misma que los Bancos Internacionales reducen a indicadores de eficiencia interna de los establecimientos educativos.

Si decimos que el sistema universitario debe investigar, formar y además prestar servicios a la sociedad, que las tres funciones están interrelacionadas, y que tenemos que contribuir a superar una brecha histórica del país frente al mundo actualizando y transformando la universidad, no podemos dejar de destacar que al mismo tiempo debe transformarse el resto del sistema educativo, la economía y la sociedad como un todo. La débil relación entre universidad, empresas y gobierno tiene que ver no sólo con actitudes de la universidad sino con la pobreza de nuestras burguesías y nuestra clase política.

Del mismo modo, el hecho de que un alto porcentaje de nuestros graduados no puedan hacer lectura comprensiva indica que no hemos completado –como sistema educativo en su conjunto- tareas básicas que no pueden mejorarse si no se transforma el conjunto del sistema. Es fundamental que la universidad asuma la función de desarrollarse contribuyendo a desarrollar a sus interlocutores como sujetos del conocimiento. Por ejemplo, hay un extraordinario trabajo por hacer poniendo el mejor conocimiento y la información del mundo a disposición de una economía social, basada en relaciones de trabajo solidario, cooperativo, con alto valor agregado de conocimiento nacional, es decir de un sector de la economía que hoy sólo existe como posibilidad y está expropiado del acceso al conocimiento científico.

Esa propuesta enfrentará un poderoso obstáculo: la creencia neoconservadora en que la mercantilización de la educación como servicio que se compra y vende, y la conversión del ciudadano en alumno-cliente van a venir a revolucionar la educación en favor del bien común. Debemos fundamentar nuestras estrategias de cambio sabiendo que hay un programa para constituir un mercado global de la educación y el conocimiento, que pretende que el lucro oriente las decisiones y atraiga inversiones de capital y de energías humanas para enseñar y estudiar. Ese programa -y sus consecuencias históricas de formación de nuevos monopolios y dependencias- debe ser investigado y expuesto para ser contrarrestado con la visión de que la educación y el conocimiento son en buena medida bienes públicos, que no pueden ser tratados como mercancías de apropiación

individual. Necesitamos un sistema universitario y de ciencia y técnica capaz de defender el derecho de los ecuatorianos a apropiarse de los beneficios de su propio conocimiento, hoy hurtado y patentado como propiedad privada de empresas multinacionales.

Debemos, por tanto, investigar las fuerzas del mercado mundial y del sistema interestatal hoy vigente y sus tendencias, pues todo intento de autonomía va a enfrentar fuerzas poderosas. Algo debemos tener claro: se ha dicho que “el saber es poder”. Sin embargo, en el mundo actual, aún si supiéramos, no tendríamos el poder que hace falta para evitar que ese conocimiento y pensamiento propio nos sea embargado. Hoy el poder económico, político, social y el del conocimiento científico van juntos. Y el encuentro desde lo local entre saberes (codificables y tácitos) es fundamental para comenzar a romper esa monolítica convergencia de poderes dominantes que se reproducen entre sí.

En el mismo proceso de investigación y educación participativa iremos formándonos – universidad, escuela y pueblo- como sujetos colectivos capaces de producir nuestras propias condiciones de reproducción y con esa autonomía poder ejercer un poder capaz de democratizar al Estado, requisito para que los gobernantes representen los intereses de las mayorías y no sólo de elites. En esto la universidad puede contribuir abriendo un espacio de la esfera pública, hoy un bien público escaso en nuestras sociedades oligárquicas.

“Se hace camino al andar”. La metáfora significa, en nuestro caso, que no debemos buscar modelos para encauzar la educación y la investigación. Que ante la incertidumbre que supone la crisis de paradigmas por la que pasamos, lo más sabio es experimentar con responsabilidad. Que no podemos exigir que todo establecimiento educativo siga un mismo formato (que tenemos que distinguir entre buenas universidades privadas y malas universidades privadas, y entre buenas universidades públicas y malas universidades públicas), que tenemos que habilitar el enriquecimiento de la diversidad de formas de organización y de articulación con la sociedad y entre universidades.

Pero a la vez que admitimos la experimentación y la diversidad, tenemos que observar críticamente las prácticas y las experiencias, compararlas, evaluarlas y aprender del conjunto de procesos de innovación genuina o espúrea, o los de consolidación de las mejores tradiciones universitarias. Tendremos que distinguir entre prácticas competitivas (como la multiplicación de sedes de la misma universidad en todo el territorio) y corporativas, que tienen efectos que consideramos indeseados sobre la sociedad, y prácticas de articulación, de responsabilidad compartida, de emulación indispensable entre universitarios.

Si de estas investigaciones resultan propuesta de cambio, las reformas, de hacerse, no deben ser pensadas apurada y tecnocráticamente y aplicadas autoritariamente desde la cima como nuevas reglas del comportamiento. Deben construirse con plena participación de todos los involucrados en el proceso de generación y transmisión de conocimientos. Aquí tenemos un buen tema de investigación adicional: ¿cuáles son las condiciones que permitirían que un proceso tan difícil y con tantos fracasos en la región fuera, en este caso, exitoso? El Ecuador tiene una gran ventaja: dispone de recursos específicos que

pueden proyectarse por varios años, lo que le permite realizar una planificación estratégica como la que está iniciando el CONESUP.

En este punto final nos hemos centrado en elementos de la agenda de investigación que tienen que ver con la misma universidad, pero hay sin duda propuestas que la universidad puede hacer sobre cuestiones de conocimiento vitales para el país: otras bases para una economía mixta en que el trabajo no sea un recurso más, cuyo costo se quiere minimizar; las tecnologías y el uso de fuentes de energía renovable alternativas; el manejo intergeneracional del ecosistema y su biodiversidad, visto como condición de vida y como recurso económico; las condiciones para lograr la igualdad social y la democratización; las opciones para posicionarse en el mercado y el sistema político mundial; la comprensión de la transición por la que pasa el mundo y como afecta a este país y su cultura; el impacto que las emigraciones masivas pueden tener sobre las diversas instancias de la sociedad; será sostenible la dolarización y, si no, cómo puede salirse de ella de modo que no pierdan las mayorías; esas y muchos otros problemas complejos sin duda deben incidir en una agenda de investigación científica y de sistemas de interpretación.

Pero sería muy presuntuoso abrir esos capítulos y fijar las prioridades de antemano si la propuesta es que se definan con amplia participación de la sociedad y superando el disciplinarismo estéril. En todo caso, no será posible dar cuenta de todo, habrá que ubicar los puntos fuertes y aquellos en que las universidades jugarán un papel central como mediadoras del conocimiento proveniente de otras regiones del mundo. Es más, aún siendo autónoma, la universidad no debería pretender asumir por sí sola la enorme responsabilidad de definir esa agenda cuando vamos hacia una sociedad donde justamente el conocimiento y la información serán componentes claves del desarrollo de toda la sociedad, de su economía y de su sistema de gobierno.